

Contra la escritura.

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

Dice una voz popular que antes del amanecer es la hora en que el diablo hace las cuentas. A poco de pasar los cuarenta descubris que no dormís como antes. Insistís un poco más; es al cuete, ya está el runrún en la cabeza. Sentado en la cama como en un andamio de altura miras tus pies a la tenue luz del velador ¿Cómo te sostendrá hoy el piso?

Dejas para después el espejo que está sobre el lavamanos, fantaseas caminos mirando de cerca las rectas y donde se hace esquina en los azulejos. Ir de cuerpo, que curioso ese eufemismo, como si el cuerpo se fuera al dejar los excrementos, algo se va de vos, que locura. Si pudieras descargar todo y sentirse libre y virginal, nunca sucede, el alma en su estreñimiento es eterna.

Salís del cuarto descalzo, en bata, antes relojeas a la mujer que duerme a pata suelta, sonrisa de un lindo culo te saluda entre las sabanas sin que nadie lo sepa. Te gusta la casa en silencio, sentir que la familia duerme te devuelve algo de antiguo mamífero.

En la cocina buscas sueños mientras abrís el tarro del café, cortas el pan y desovillas imágenes ¿quién sería esa mujer parada frente a la ventana, hay una valija y la sombra de una cuna? Entonces te ves huyendo de la casa sin robar nada, haciéndote pasar por empapelador. El perro de la casa se subió al auto con vos, un coche grande y viejo al que no le cerraba el baúl porque la caña sobresale; luego el precipicio y de repente pedaleabas cuesta abajo en bicicleta. Que sutil dificultad la de atrapar un sueño. Porque crees en los sueños, porque imaginas un faro salvador, no podés terminar de descifrarlos; solo quedan sus restos, como un ir de sueño, algo se va de vos en ese resto, que locura. A veces te dejan la voracidad de la lujuria o un rumor de ternura, otras, la ardiente obsidiana del miedo de una pesadilla o una película extraña, y entonces te preguntas ¿habré soñado el sueño de otro? La puerta de la heladera hace días que no cierra, hoy no se ha compuesto, el desayuno ha terminado.

Cruzas el patio hacia el estudio, aunque haga falta postergarás el riego. Has decidió no trabajar en otra cosa que la escritura antes que llegue la mañana, sabes que la payada se juega en esas primeras horas, que para cuando salga el sol sabrás si se pierde o se empata. Cierto que no es el bien contra el mal como en las películas de vaqueros de tu infancia –anhelabas, siempre, que ganara el malo– ni el satanás apostólico y romano. Se trata de un daimond como el que nombraban los griegos de la antigüedad el que tiene que tallar, que susurrarte al oído ¿te habrás

quedado sordo o es que tu daimond es mudo?

Junto a la biblioteca hay un espejo de 60 por 50 centímetros, doble marco, el exterior marrón oscuro, dorado el límite con el vidrio; se te ocurre que es un escenario, te asomas. Otros hombres se estarán afeitando para ir al trabajo, pensando en sus amantes o en qué sucedería si se cortaran la yugular. Vos te dejaste otra vez la barba entera, sale más gris que castaño; semicalvo y de largos cabellos, un terraplén te rodea la parte superior y brillante del cráneo, caen rulos, resortes y otras formas insospechadas; hoy con 47 años pareces de más. Las arrugas marcadas alrededor de los ojos; algunas pecas en la extensa frente; si no sonreís pareces triste y preocupado, si sonreís solo triste; de mandíbula prominente; la bata de satén azul muestra algo del enmarañado pelo oscuro que cubre el cuerpo. Te miras a los ojos, ver y ser visto, te quitas los lentes pequeños de delgado armazón metálico, insistís, en la periferia diminutos arroyos rojos, las pupilas rodeadas por el iris celeste que se aclara hacia el centro. Los ojos claros están sobrevalorados en Latinoamérica decís, nunca fueron ventanas del alma, una marquesina, algo de húmedo neón.

Te preguntas ¿Costará tanto dejar de escribir como dejar de fumar? Supones que no subirás de peso ¿Tendrás síndrome de abstinencia? ¿Te volverás un militante contra la escritura como los exfumadores con el humo? Nada de eso te importa. Harás garabatos mientras miraras Boca versus Arsenal, luego podrás ir al bar con tus nuevos amigos a construir la profunda felicidad de la boludez cotidiana (gracias, Fontanarrosa). Y qué bueno, volver a casa alegre y liviano, acariciar al perro –deberás conseguirte un perro– regalarás la tortuga, dejaras de leer a esos que tanto admirabas y que ahora solo envidias, secretamente.

Guardarás en algún lugar oscuro ese texto maldito y salvador que te ayuda a tomar la decisión. Leerás por última vez a John Cheever:

“...El escritor cultiva, extiende, eleva e infla su imaginación, seguro de que es su destino, su utilidad, su aporte al conocimiento del bien y el mal. Al inflar su imaginación, hace lo mismo con su capacidad para el mal. Al inflar su imaginación hace lo mismo con su capacidad para la ansiedad y se convierte inexorablemente en la víctima de fobias abrumadoras que sólo se alivian con dosis mortales de heroína o alcohol” (Diarios).

En lo sucesivo amanece ¿habrás ganado otro día?